



La gesta de unos emprendedores

Antonio de Abreu Xavier: *Con Portugal en la maleta. Histórias de vida de los portugueses en Venezuela. Siglo XX. Caracas: Editorial Alfa. 2007.*

TOMÁS STRAKA

Como la *saudade* no pesaba más que la esperanza, se atrevieron a venir. Al principio fueron los hombres; por necesidades sin remedio, por historias repetidas en las plazas y en las tabernas: hay un país, al otro lado del mar, donde el oro se encuentra en racimos, que guindan por las calles; donde las monedas brotan del suelo, donde hay trabajo y muchas oportunidades para prosperar. Se vinieron por el hastío, porque la vida se ofrece como una sucesión de días iguales y de años sin perspectivas, porque ese mar que estaba enfrente era una invitación a escapar. Después de ellos vinieron sus mujeres, sus viejos y sus niños. El resto nació acá.

Tenían a quién salir. Eran los lejanos nietos de quienes, siglos atrás, habían llevado sus barcos más lejos que ningún otro, hasta el otro extremo del mundo, dibujando las derrotas de mares ignotos, delineando costas de países fantásticos, ganando batallas a pueblos desconocidos y prendiendo el motor de uno de los procesos más grandes y estremecedores de la historia. Ese por el cual, en tres siglos, veintidós millones de africanos son arrancados de sus patrias y traídos a América; cincuenta millones de europeos se van, éstos por cuenta propia y sólo entre 1840 y 1930, al mismo continente; una cantidad indeterminada de chinos, que bordea las cifras de seis ceros, se desperdiga por Asia y empieza a rasgar las costas pacíficas, de Perú a California, a mediados del siglo XIX. Es el proceso de la Gran Emigración.

Los portugueses que por miles desembarcan en La Guaira y Puerto Cabello, entre 1936 y 1980, traen, entonces, una tradición migratoria varias veces centenaria. Llevan un mes hacinados en un barco. Las mujeres en unos camarotes, los hombres en otros. Hay quienes gatean por las noches, pero los funcionarios del Estado salazarista velan porque la moral se preserve durante la travesía. Las familias viajan juntas. Los polizones, que no son pocos, duermen acá y allá. No pueden ir al comedor, pero las mujeres les dan un poco de lo que sobra. A veces dicen que son sus hijos cuando alguien pregunta, pero los policías normalmente se hacen de la vista gorda. Cuando desde la cubierta avistan la costa verde y montañosa de Venezuela, se endomingan para causar la mejor impresión. Quien los ve no se los puede imaginar como los navegantes que, con Albuquerque, crearon el primer imperio transoceánico de la historia, aunque esencialmente son los mismos: unos campesinos que huyendo de la pobreza están dispuestos a conquistar el mundo.

El barco atraca. Desembarcan, con el corazón saliéndoseles por la boca. Sus ojos escrutan el panorama. El muelle es un enjambre de familias y de maletas. La Guardia Nacional los pone en filas y, como a tantos inmigrantes, la imagen de las peinillas les causa una gran (y desagradable) impresión. Los guardias les piden los papeles, que tanto en Venezuela como en Portugal producen una baraúnda de trámites; la «papela-da» como dicen allá, capaz de hacer

prosperar el negocio de los gestores y falsificadores de visas (¿de qué otro modo eludir el requisito del servicio militar, de la guerra en África, indispensable para salir del país?), pero no de impedir la llegada de muchos polizontes. Hay que comprobar buena moralidad (Salazar es un católico y nacionalista piadoso, y la imagen de su pueblo en el exterior le preocupa, casi tanto como sus remesas), no tener sífilis ni problemas pulmonares, tener el cuarto grado completo (aunque logran escabullirse unos cuantos analfabetas) y, sobre todo, haber hecho el servicio militar (menudo asunto cuando se emigra precisamente para eludirlo; ¡menos mal que hay gestores!).

A su vez, Venezuela tiene una política de captación de inmigrantes y, aunque la mayor parte viene por contrato o es traída por el Estado, a los indocumentados se les dice que también hay espacio para ellos y les dan cédulas con las que después, haciendo innumerables colas y trámites, pagando acá y allá a gestores y funcionarios venezolanos y portugueses, terminan regularizando su condición incluso en Portugal. Pronto sus remesas empiezan a llegar a Madeira. La Guardia Nacional les hace preguntas de rutina: los portugueses no entienden (los guardias tampoco), pero se cumple el ritual. Ven si tienen visa y les decomisan los chorizos y otras viandas que han preparado para el viaje, lo cual les impresiona aún más que las peinillas: se alegan normas sanitarias, pero hay guardias que no aguantan la tentación de echarles un mordisco

reseña

a los decomisos, mientras los recién llegados siguen en fila bajo el sol. Cuando, después de varias horas, finalmente salen del terminal y ven al otro lado de la reja a ese primo o a ese novio que los ha llamado (si no había contrato, una carta de un pariente era la oportunidad para la salida) ya hecho un hombre y a veces ¡hasta con paltó y carro!, la brisa del trópico se vuelve esperanza y felicidad. Ha comenzado la gesta de una nueva vida.

A partir de allí cada quien sigue su camino. En la década de 1930, para la mayor parte de los portugueses, Venezuela —de la que en realidad nunca habían oído hablar— era una referencia asociada a Curazao y Trinidad, adonde llegaban contratados por las empresas petroleras. Eran hombres de faena en aquel Portugal se permitían contratos muy ventajosos para las compañías. El Estado Novo los ha acostumbrado a

no hablar de política, a respetar sin discusión a la autoridad, a temerle al comunismo, a ir a una misa. Son, en suma, obreros ideales. En Curazao tienen las primeras noticias de Venezuela, comparten con los primeros venezolanos y ven esos primeros fuertes de plata que, al parecer, pueden comprar cualquier cosa. Cuando regresan, hablan de aquel país —y, seguramente, de aquellos fuertes— en sus pueblos. Se corre la voz de que el Gobierno venezolano promueve la inmigración de campesinos y se encarga hasta de pagarles el pasaje. Poco a poco comienzan a venir. No hay noticias de la presencia de portugueses en 1926, pero en 1941 son 648 y en 1960 serán más de cuarenta mil.

Lo que ellos han representado para la sociedad venezolana aún está por estudiarse; de allí la importancia de esta obra precursora de Antonio de Abreu Xavier que reseñamos en estas

líneas. El título en dos idiomas señala el rumbo que tantas vidas, pacientemente indagadas y entrevistadas, recorrieron desde la década de 1930 hasta hoy. Tal vez, de todos los europeos que entran al país entre 1940 y 1980 —y que suman algunas centenas de miles— los portugueses fueron los que mejor se integraron a la sociedad. ¿No es «el portu» un personaje fundamental de nuestra geografía? ¿Quién no estudió con uno? ¿Quién, de muchacho, no suspiró por la rubia hija de otro? ¿Quién no lo considera el dueño por antonomasia de la panadería, la pollera o el abasto de la esquina? La sociedad venezolana contemporánea no es comprensible sin la presencia de los portugueses. Isleños —canarios— hubo y hay muchos, pero éstos se difuminan fácilmente en la masa, después de tres siglos de continua venida. Españoles (porque para el venezolano, todavía, una cosa es el isleño y otra el español) e

debates IESA

¡Suscríbase ya!

Un año (cuatro ediciones):
48 bolívares

Dos años (ocho ediciones):
96 bolívares



Deposite en la cuenta N° 0105-0012-59-1012-4332-85 (Banco Mercantil) a nombre de IESA.

Luego, envíe copia del depósito al fax 0212 - 5554.445 con los siguientes datos: nombre y apellidos, número de cédula, dirección de envío, teléfono y dirección electrónica.

reseña

italianos también son millares. Pero los portugueses se quedaron en los barrios y en los montes, generando una química especial con el pueblo. Con su acento característico —tan asociado en el imaginario popular al panadero como el acento castizo lo es al sacerdote— se enraizaron completamente en el país.

Tal vez el símbolo de la panadería es el que más puede ayudar a ponderar su impacto en la sociedad. Todo venezolano que viaja descubre hasta qué punto es un ritual, hasta dónde

Los portugueses se quedaron en los barrios y en los montes, generando una química especial con el pueblo

los *cachitos* y las *canillas* forman parte tan esencial de su gastronomía como los quesos tiernos y blancos, como el café de excelente calidad, como la malta y la *colita*. Eso es así por varias razones, que, vistas en un sentido muy amplio, se remontan al siglo XVI cuando Caracas era una ciudad de trigales y molinos de aire, y desarrolla un gusto por el pan de trigo que se mantiene hasta hoy. No en vano una de las medidas más espinosas de la independencia fue permitir la entrada de harina norteamericana, y no en vano los importadores canarios de trigo fueron los que financiaron, en parte, la expedición de Monteverde que acabó con la Primera República en 1812. Pero ese impacto de los portugueses se debe también a la laboriosidad y al sentido de empresa de los panaderos que, a mediados del siglo XX, lograron imponer un producto y un tipo de servicio más o menos novedoso, hasta dejar en el olvido al viejo panadero que iba de puerta en puerta con su burro y sus toneles cargados de pan.

Esta parte, junto con las vivas crónicas que describen la llegada del inmigrante, es lo mejor del libro.

Cómo el inmigrante portugués «se fijó una meta: no depender del Estado» (página 132). Cómo se sigue un patrón en la vida de estos emprendedores: el trabajo de sol a sol para pagar las deudas del viaje y el papeleo (¡hasta mil escudos había que pagar en el consulado para regularizar los papeles y la exención militar!), para ahorrar y montar, con otros paisanos, una bodega. Cómo la iniciativa particular va transformando a un hombre y a su entorno, generalmente para bien. El portugués, hay que insistir,

se mete entre los más pobres, se incorpora a los campesinos que pueblan los cerros de la ciudad y pone cerca de ellos un abasto. También les fía los productos. Desde 1960 este trabajo se va haciendo peligroso, pero descubre lo que ahora muchos empresarios empiezan a descubrir: los pobres pagan puntualmente y sus barrios son mercados estupendos. En la Cota 905, en El Valle, en San Agustín, van construyendo sus edificios. En la parte alta viven la familia y los empleados; abajo está la bodega, que en la década de los setenta se va haciendo automercado y, en algunos casos, después de treinta años, se convierte en la gran cadena de alcance nacional.

Para 1973 la *Guía profesional, comercial e industrial de la colonia portuguesa en Venezuela* refiere más de cuatro mil comercios en manos de portugueses en el país, 630 de los cuales son abastos, supermercados y panaderías (p. 143). Hay lugares en los que cambian completamente el panorama. Por ejemplo, La Encrucijada, en el estado Aragua, un parador famoso por sus sándwiches de pernil —convertidos en tradi-

ción— que ha impulsado el poblamiento de la zona con un intenso tráfico comercial, surgió en 1947 por iniciativa de dos portugueses, Joao y Agostinho, cuyos apellidos, cual personajes legendarios, se han perdido (página 149).

Si alguna historia dibuja la gesta de la clase empresarial moderna venezolana, y el impacto sociocultural que puede tener una burguesía mercantil, esa es la de los portugueses y sus hijos, los luso-venezolanos. Desde aspectos de la cotidianidad como el pan de trigo hasta otros más complejos del poblamiento venezolano (las migraciones petroleras de los treinta, la política de atracción de europeos en los cincuenta, la formación de la clase media y las empresas modernas en los sesenta, ¡la fundación de La Encrucijada y sus sándwiches de pernil!), pueden estudiarse por el trabajo y el talento del portugués en estas tierras. Es un camino que se inicia, que debe ser llevado a otras colonias y a otros ámbitos, para desarrollar una verdadera historia empresarial en Venezuela.

Antonio de Abreu Xavier es doctor en historia de la Universidad Central de Venezuela. Ha ejercido el periodismo y está promoviendo un Museo del Inmigrante Portugués en Venezuela. Con este libro abre una veta que ojalá otros transiten, y rescata la memoria de quienes, superando la *saudade*, se atrevieron a venir, que con esperanza ayudaron a construir un país, o dos: el que dejaron pero no olvidaron, enviándole remesas fundamentales para su desarrollo, y éste donde prosperaron para vivir. ■

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello